

1920

Wall Street



Historia de un atentado



1- INTRODUCCIÓN

El mundo se encontraba en un momento de cambios y constantes vaivenes. Europa y, en menor medida, Estados Unidos atravesaban un período de reconstrucción interior y exterior durante las primeras décadas del siglo XX. La Gran Guerra, como fue conocida la Primera Guerra Mundial, había hecho tambalearse los cimientos del mundo civilizado y del capitalismo. Los diversos gobiernos tenían que poner manos a la obra para recobrar el esplendor de tiempos atrás.

La sociedad estadounidense estaba despertando del letargo provocado por el conflicto bélico y ansiaba nuevas libertades y esperanzas. La juventud se desmelenó, no quería formar parte de los cánones establecidos con anterioridad y se atrevía a fumar en público. Las manifestaciones culturales brotaban por doquier y despegabá con fuerza la literatura moderna y la música jazz acompañada del swing. Los locos años veinte daban el pistoletazo de salida e impulsaban la construcción de la sociedad que deseaban.

La población rural disminuye conforme transcurren los primeros años del siglo XX. La ciudad era vista como el nuevo escenario del progreso donde todos los sueños tenían cabida. El atractivo que despertaban las grandes urbes en contraposición a la decadencia y despoblación de las zonas rurales impulsan estos flujos de

población en favor de la ciudad. Además, mientras en el campo se pasaba hambre y las ganancias dependen de las fluctuaciones del tiempo con respecto a las cosechas, en las ciudades se necesitaba ingentes cantidades de mano de obra no cualificada, dispuesta a trabajar casi de sol a sol en una fábrica por un salario mínimo y en condiciones insalubres.

En la esfera económica Estados Unidos era el gran gigante del que todos querían ser amigos. Era prácticamente imposible hacerle sombra y su situación económica era vista con muy buenos ojos por Europa, que recibía con las manos abiertas su ayuda en forma de tributos. Estados Unidos pudo hacer frente a su posguerra y en gran medida a la del viejo continente gracias a una política económica fuerte, de austeridad, que apretaba a sus ciudadanos pero favorecía su imagen de cara al exterior.

Surgían de forma paulatina productos que facilitaban la vida a los consumidores como lavadoras, frigoríficos o tostadoras que podían ser adquiridas a plazos, facilitando de este modo su adquisición a todo tipo de público. Ya no sólo se trataba de inventar productos relativamente necesarios, sino de crear necesidades a una



sociedad ávida de modernidad y que deseaba ascender de clase social adquiriendo un nuevo status que le aportaba la compra de estos productos.

Aunque el producto estrella que revolucionó las formas de producción, el mercado y el ascenso en el nivel de vida de los ciudadanos fue el coche a motor. Henry Ford daba los primeros pasos en el mercado automovilístico y empresarial fabricando los vehículos en cadena, llegando incluso a acuñar el término *fordismo* para este modo de fabricación.



El capitalismo era la fórmula perfecta de moda. Establecía los valores sólidos de las clases sociales más elevadas, primando la economía ante cualquier otro aspecto relevante y se asentaba sobre la división de clases, en cuya cúspide se encontraban aquellos que se beneficiaban del poder en contrapartida de las clases más bajas que eran los que realmente sostenían el modelo. En la esfera económica favorecía una situación fuerte y estable mantenida por los ciudadanos a base de salarios infrahumanos y apretados impuestos que les dificultan llegar a final de mes. Las diferencias sociales y la poca, o nada, consideración con las clases más bajas fue un caldo de cultivo perfecto para los detractores de este nuevo orden.

1920 fue un año relevante en múltiples facetas. El mercado estaba al alza, nuevos productos invadían los comercios, llegaba el deseado sufragio femenino y ocurría el, hasta el momento, mayor atentado conocido: explotaba una bomba en las proximidades de la Bolsa de Nueva York situada en Wall Street.

2- ORIGEN DE WALL STREET

Wall Street se sitúa en Manhattan, el corazón financiero de Nueva York. La vía se conoce así desde el siglo XVII aunque en esa época no era su nombre oficial. Se trataba de una pared construída de manera un poco arcaica por madera y barro, que delimitaba el territorio ocupado por los colonos holandeses (Nueva Ámsterdam) y lo separaba de las amenazas de Nueva Inglaterra y las poblaciones indígenas. Dicho muro fue derribado al término del siglo XVII, sin embargo el nombre quedó registrado en la memoria colectiva. Tendremos que esperar hasta el 17 de mayo de 1792 para registrar el advenimiento de la bolsa de Nueva York.

De manera casi espontánea 24 empresarios se reunieron en Wall Street para establecer las normas a seguir en lo relacionado a sus operaciones como intermediarios. Fueron conscientes de que si querían seguir favoreciéndose de sus transacciones debían elaborar conjuntamente cuáles serías las reglas del juego y las ganancias que obtendrían por las operaciones realizadas de forma transparente e igualitaria.

Para que quedara patente y registrado, los puntos en común a los que llegaron fueron redactados en papel. Dicho tratado es conocido con el nombre de Acuerdo Buttonwood, que debe su nombre al árbol que dio sombra a la firma. El germen de la que sería una de las bolsas de valores más importantes del mundo se había plantado.



No obstante, habrá que esperar hasta 1817 para que tuviera un emplazamiento fijo y fuese conocida como New York Stock and Exchage Board.

3- AGITACIÓN Y ACUSACIONES

El clima social y político que había dejado la devastadora guerra propiciaba un ambiente perfecto para la agitación social que sobrevino a principios del siglo XX. Eran necesarios líderes, cabezallas, personas con carisma que fuesen capaces de aglutinar bajo su figura todas esas voces que debían ser escuchadas. Una figura clave en este período fue Luigi Galleani.



Galleani fue un anarquista de origen italiano que emigró a Estados Unidos en 1901, encendió la mecha de las huelgas acaecidas en New Jersey y se estableció en Vermont, donde se convirtió en el líder de una comunidad socialista. Su nueva posición y sus cada vez ma-

mayores seguidores facilitó la publicación de *"La Crónica Subversiva"*, publicación que recogía sus ideales y deseos, activa hasta 1918.

Como era de esperar, estas recién nacidas protestas acompañadas por publicaciones que difundían sus principios no podían ser permitidas en la sociedad del bienestar estadounidense asentada sobre el capitalismo y la distinción social. La primera oleada de Red Scare (*"Terror Rojo"*) hacía su aparición en el verano de 1919 y duró hasta el verano del año siguiente. Aprovechando una ley promulgada durante el conflicto bélico se extraditó a todas aquellas personas no leales al gobierno americano y con tendencias políticas opuestas. El personaje que llevó a cabo la mayoría de estas exportaciones fue el fiscal general A. Mitchell Palmer; ayudado por el recién nacido Bureau of Investigation (predecesor del actual FBI). Todos aquellos subversivos, comunistas, anarquistas, socialistas, sindicalistas o simplemente extranjeros y procedentes de países con los que no convenía relacionarse, fueron echados del país en tandas masivas.

En abril de 1919 el terror despertó al gigante estadounidense dormido y acomodado en el sillón de su bienestar. Una serie de bombas fueron enviadas por correo a 36 importantes figuras del país, políticos, policías o empresarios. Entre ellos se pueden mencionar al Gobernador de Mississippi, el Jefe del Servicio Postal Americano, el Alcalde de Nueva York o empresarios de la talla de John D. Rockefeller o J. P. Morgan. El envío de los explosivos fue un trabajo tan minucioso y planeado que las autoridades fueron incapaces de encontrar al culpable o culpables.

Con tan solo unas cuantas semanas de diferencia, concretamente el 2 de junio, ocho nuevas bombas fueron detonadas en casa de políticos, jueces y abogados que, además de mostrar su continuo apoyo con el sistema establecido, apoyaron el acta que propició el cierre de *"La Crónica Subversiva"* de Luigi Galleani. Los daños ocasionados por las explosiones fueron sólo materiales. Esta vez las bombas estaban acompañadas por notas escritas que condujeron la investigación de la policía a una imprenta regentada por dos seguidores de Galleani: Roberto Elia y Andrea Salsedo.

El primero de ellos fue deportado a Italia y, con una diferencia de tres semanas, Galleani y ocho de sus seguidores corrieron la misma suerte.

Sin embargo, el caso de Andrea Salsedo fue muy distinto y significativo para los anarquistas. En la primavera de 1920 fue arrestado por el Bureau of Investigation en su domicilio. En extrañas circunstancias sin clarificar todavía, fue hallado muerto a los pies de su edificio. Según fuentes del Bureau of Investigation se suicidó para evitar desenmascarar a sus compañeros anarquistas. Sus más allegados y compañeros de partido opinaron que se trató de un interrogatorio muy duro en el que, como práctica habitual, sujetaban a los interrogados por los tobillos mientras los asomaban por la ventana. Posiblemente un fallo por parte de la persona que le sostenía le condujo a la fatídica muerte.

Entre todos aquellos compañeros próximos a Salsedo que sintieron su pérdida, dos fueron puestos en el punto de mira: Incola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. Conscientes de que el clima no era el más propicio y de que corrían peligro incluso durante un interrogatorio, comenzaron a llevar armas encima. El hecho de que fueran armados les perjudicó hasta el punto de llevarlos a la cárcel cuando, durante un arresto en un tranvía fueron acusados de un atraco a mano armada y de un asesinato ocurrido apenas dos semanas antes.

Sacco y Vanzetti fueron llevados a juicio, donde se les declaró culpables. Pasaron los siguientes siete años en prisión esperando su muerte. Pese a las muchas manifestaciones y apoyos recibidos de diferentes personalidades y países, y sin haber pruebas concluyentes de que fueran culpables, fueron condenados a muerte por electrocución.



4- ATENTADO EN WALL STREET

El 16 de septiembre de 1920, momentos antes de las doce del mediodía, una carro tirado por caballos discurre por la atestada Wall Street. Sin llamar la atención se estacionó en las proximidades de la entrada a la New York Stock and Exchange Board, adyacente al edificio de J. P. Mogan.

El carro, cargado con más de 40 kg de dinamita y 200 kg de metralla, estalla un minuto después de las doce. El conductor había abandonado el carro momentos antes, por lo que el detonante de la explosión es un mecanismo de reloj cuidadosamente dispuesto. El carro y los caballos saltaron por los aires dejando daños visibles en un radio de un kilómetro y medio y un balance de víctimas de 40 muertos y unos 400 heridos. El mundo es espectador del primer atentado terrorista con un coche bomba, el mayor acontecido en Estados Unidos hasta el 11S ochenta años después.



Las víctimas del atentado eran, en su mayoría, trabajadores de la bolsa y de edificios aledaños que hacían su descanso para almorzar, por lo que la calle se encontraba abarrotada de gente.

El miedo y la incertidumbre se mezclaban junto a la incredulidad de la población, que no sabía como reaccionar ante tal barbarie. Tras horas de debate y búsqueda de responsables se llegó a la conclusión de que la Bolsa de Nueva York, el corazón financiero del capitalismo, no podía permanecer cerrada puesto que supondría admitir la pérdida de hegemonía y la debilidad de Estados Unidos frente al resto del mundo y ante los ojos de sus enemigos políticos.



Las decisiones tomadas a lo largo del día y la asunción de lo que había acontecido convergieron en soluciones aceleradas pero efectivas de cara al escarapate exterior. Se destinaron servicios de limpieza con un gran número de trabajadores que invirtieron todos sus esfuerzos en borrar cualquier huella del atentado antes de una nueva jornada en Wall Street. La bolsa de valores estadounidense más importante debía continuar intacta y demostrarlo abriendo sus puertas como si nada hubiese ocurrido.



Las apresuradas medidas de limpieza dificultaron mucho los trabajos del Bureau of Investigation. Cualquier rastro o huella había sido borrado y eliminado sin distinción, por lo que no disponían de pistas ni de un objetivo claro. No obstante, entre los escombros y restos de metralla que fueron recogidos se halló una herradura de caballo. El objeto, aunque deteriorado, arrojó algo de luz a la investigación, pues pertenecía al caballo que tiraba del carro cargado de explosivos. Gracias a este hallazgo se pudo llegar hasta el taller donde habían alquilado el carro, donde el herrero recordaba al cliente al que se lo alquiló, al que describió como un siciliano de unos 25-30 años.

Con la sociedad conmocionada y el capitalismo herido gravemente, había que buscar un culpable material. Tal acontecimiento no podía quedarse sin una cara visible ni un nombre al que poder acusar en los medios. Se habló de un posible culpable, Mario Buda, pero nunca pudo demostrarse, al igual que tampoco pudo esclarecerse si se trató de un atentado llevado a cabo por una o varias personas. El nombre de Buda fue uno de los más barajados como autor, pero no el único. Mario pertenecía al grupo de anarquistas

italianos galleanistas (seguidores de Luigi Galleani), misma afiliación que Salsedo, Sacco y Vanzetti. El principal motivo que fue tenido en cuenta como detonante del atentado fue la muerte de Salsedo y las condenas de Sacco y Vanzetti, por lo que su amistad con dichos anarquistas le puso en el punto de mira de todas las investigaciones.

Además, al día siguiente del atentado, se encontró una nota en un buzón cercano a las calles del distrito financiero, en la cual se podía leer: *“Recuerden, no toleraremos nada más. Liberen a los prisioneros políticos o será la muerte segura. Luchadores Anarquistas de América”*.

Tan sólo una cosa estaba clara, el objetivo del atentado era el capitalismo y, como tal, sus máximos representantes, Wall Street y J.P. Morgan. Los opositores al sistema económico y político de Estados Unidos quisieron y consiguieron sembrar el caos e instaurar el miedo.

Aunque la investigación por parte del Bureau of Investigation fue exhaustiva y conllevó un laborioso trabajo de análisis en laboratorios e innumerables interrogatorios, el caso se cerró en 1940 sin un culpable claro. No obstante, el atentado empeoró la situación de muchos inmigrantes que ahora eran vigilados mucho más de cerca, discriminados, y vistos con mayor recelo si provenían de Italia.

El ataque de Wall Street simboliza el descontento social tras la Primera Guerra Mundial. Es un claro signo del sentimiento anticapitalista reinante en el momento y el debilitamiento de las autoridades americanas por los conflictos sociales. La manera de sobreponerse a este hecho fue abandonarlo en el cajón del olvido de la forma más rápida posible, y la manera de conseguir que la sociedad civil dejase de hablar y pensar en el atentado fue el silencio por parte de los medios de comunicación.

5- UN NOMBRE A SUBASTA ---

A día de hoy todavía son visibles las únicas huellas que no se pudieron borrar, los rastros que la metralla dejó en las paredes del 23 de Wall Street. Pero las marcas no sólo fueron visibles en los edificios, sino que también quedaron plasmadas en cualquier elemento del mobiliario urbano.

Esas marcas, al final, se han convertido en elemento de interés turístico y curiosidad histórica. En el año 2010, el cartel de Wall Street, compuesto de un poste con dos letreros, llegó a alcanzar la cifra de venta de 116.500 dólares en una subasta de la sede Christie's de Nueva York superando cualquier previsión estimada. El haber sido testigo del atentado de 1920 y de la histórica caída de 1929 lo hicieron una presa deseada de los coleccionistas.

Al final, irónicamente, el propio capitalismo supo sacar provecho de los eventos jugados en su contra.



1920: WALL STREET - HISTORIA DE UN ATENTADO

Texto: Noelia Navarro

Diseño gráfico: Pedro Soto

Fotografías: Edward Jackson, New York World-Telegram & Sun, NY Daily News, Library of Congress Collection y otras fuentes.

© *Para la presente edición, Looping Games S.L.*

© *Para los textos y fotografías, sus respectivos autores.*

Este cuadernillo es un elemento promocional de carácter didáctico y no comercial para el juego de mesa "1920 Wall Street". Prohibida su venta y su reproducción total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos.

